

La cuarta parte está dedicada a presentar la dimensión misionera de la Iglesia. Es de agradecer la asunción, por parte del autor, de la perspectiva abierta por el Concilio Vaticano II al situar la misión de la Iglesia en el marco de la eclesiología trinitaria a partir de unas claves bíblicas inequívocas: «la misión en la eclesiología de comunión no se puede reducir a una pura acción externa, sino que debe ser, cada vez más, un modo de ser y de vivir de la Iglesia en su totalidad; debe brotar de la conciencia de la grandeza del don del Espíritu Santo, y de la fuerza de la victoria pascual de Cristo» (p.21).

Dentro de esta misma lógica, la parte quinta de la obra intenta describir la naturaleza dinámica, histórica y escatológica de la Iglesia, como germen que es del reino de Dios. El horizonte escatológico del reino, según el autor, impide, por una parte, que la Iglesia se identifique sin más con el mismo reino hasta hacer desaparecer su naturaleza ministerial; y, por otra, que la Iglesia quede reducida a una pura y simple realidad societaria.

En la sexta y última parte, siguiendo siempre las pautas del Vaticano II, presenta el misterio de la Iglesia personificado en la figura de María. El acercamiento entre el misterio de la Iglesia y el misterio de María, permite no sólo superar la mariología de los privilegios, sino sobre todo situar a María, y con Ella a la misma Iglesia, en la perspectiva de la historia de la salvación. Hace posible, además, que se descubra la hondura del misterio de la Iglesia al verse reflejada, como en su arquetipo, en la persona de María.

El volumen, sugerente y rico en perspectivas, encuentra un válido suplemento en una Bibliografía esencial articulada en tres apartados: I) Fuentes y magisterio, con abundantísimas referencias al magisterio de Juan Pablo II; II) Libros, con una amplia lista de autores en la que, no sin cierta sorpresa, se echan de menos obras como *La Iglesia* de H. Küng, *La comunión de los santos* de M.M.Garijo-Guembe, *Las iglesias particulares en la Iglesia universal* de H.de Lubac, o la total ausencia, aún más llamativa, de las obras eclesiológicas de J-R-M.Tillard; III) Artículos, sección en la que, evidentemente, la selección es mucho más aleatoria.

Sería sinceramente de desear que en futuras ediciones el autor pudiera subsanar estas lagunas bibliográficas. *Antonio M^º Calero.*

IGNACIO ELLACURÍA, JON SOBRINO, *Fe y justicia* = Palimpsesto, 4 (Bilbao 1999), 216 pp. 223 x 155. ISBN 84 - 330- 1425 - 0

Hay que agradecerles a Juan Antonio Senent de Frutos (Universidad de Sevilla) y a José M^º Margenat S.J. (Centro Pedro Arrupe de Sevilla) la cuidada preparación de esta edición de la obra de Ellacuría, aparecida antes en México y Bilbao en 1977 y 1980 respectivamente.

Para una mejor comprensión del escrito, Jon Sobrino nos ofrece un extenso estudio introductorio sobre Ignacio Ellacuría, el hombre y el cristiano. Una semblan-

za, que ocupa casi la mitad de todo el libro, valiosa en grado sumo, por estar trazada «desde dentro», desde el interior conocimiento, que fundan una larga amistad y la común participación en una misma lucha por bajar de la cruz al pueblo crucificado.

Como hombre, Ellacuría es el apasionado por la justicia, el buscador de la coherencia rigurosa entre la teoría y la praxis, que hace de la filosofía un elemento constitutivo de su existencia, dedicada a la liberación de los oprimidos. Desde esta opción, Ellacuría es un radical, que nunca pactó con el dolor del pueblo postrado, como pactan hoy, «aún cuando se haga con buena conciencia, tanto el postmodernismo, por aquello de que hay que aceptar el fragmento, como el neoliberalismo, por aquello de que no hay otra solución» (p.19).

Ellacuría ejerce su compromiso radical desde una visión utópico-profética de la realidad, dos exigencias, de las que no hablan hoy mucho los filósofos ni los teólogos.

Como cristiano, Ellacuría vive la existencia ante el misterio, en el esfuerzo por recuperar esta existencia en la conciencia y en el compromiso activo, desde su radicación histórica, que es a la vez un estar-ante-Dios. Por eso, la historia, grávida de transcendencia, es la permanente inquietud de «dar más de sí». Misterio además revelado en su signo, que es Jesús. Misterio vivido en contacto inmediato con Jesús, el Señor, gracias al Espíritu (y esto es ya el ámbito vedado del misterio) y heredado en cuanto mensaje de una larga tradición, pero a través de los eslabones más cercanos, como fueron Juan XXIII, Mons. Romero y Pedro Arrupe, a quienes Ellacuría veneraba.

La exigencia del seguimiento en un mundo tan violento, tuvo como desenlace el testimonio del mayor amor, del que da la vida por sus amigos.

Merece la pena indicar las dos lecciones, que destaca Jon Sobrino:

1ª) la prioridad del servicio. Pero ¿a qué y por qué servir? La respuesta es clara: «Serviste en la UCA, pero no últimamente a la UCA. Serviste en la Iglesia, pero no últimamente a la Iglesia. Serviste en la Compañía de Jesús, pero no últimamente a la Compañía de Jesús. Serviste a los pobres de El Salvador y a todos los del Tercer Mundo; este servicio es lo que dio ultimidad a tu vida» (Carta a Ellacuría post mortem eius, 1990).

2ª) Tu fe en Dios, tu fe en ese MÁS, que nos rodea a todos y que se mostró en Jesús. Ni los años de secularización, ni las teologías de la muerte de Dios, ni el escándalo de la pobreza provocado por la injusticia erosionó esta fe.

Había que partir de esta semblanza de Ellacuría, hecha por quien lo conocía tan bien, porque conocer al escritor es el principio hermenéutico de lo que nos dice. Y lo que

nos dice viene avalado por la fidelidad suprema no accedemos pues a un libro más entre otros tantos, sino a un libro verdaderamente peculiar.

Lo primero que hace Ellacuría al relacionar fe y justicia es buscar un planteamiento teórico, que muestre la conexión entre ambos términos, en orden a lograr la praxis adecuada.

Pero para esto hay que empezar superando un doble planteamiento falso: bien el que apela la fe con olvido de la justicia (y en este caso tenemos una escapatoria ideologizada) o bien el del que se entrega a la lucha por la justicia con abandono de «las formas tradicionales de vivir la fe»(¿y entonces logrará una verdadera liberación?).

Un atento recorrido por el A.T. nos lleva a la conclusión de que para los jueces, los profetas, los salmistas, la fe y la justicia no son totalmente idénticas, pero sí inseparables. Y un análisis del N.T. nos libra del prejuicio de que el Evangelio deshistoriza y despolitiza la presencia de Dios entre los hombres. Todo lo contrario, el origen, el decurso y el desenlace de la conflictividad de Jesús con los poderes de su tiempo, nos muestran cómo la predicación del Reino de Dios por Jesús tomó un carácter político, especialmente en la línea de la justicia y tuvo como contrapartida la respuesta violenta del mundo injusto.

Que la fe y la justicia son exigencias inseparables de una misma vida, es algo teológicamente demostrable. La credibilidad de la fe es un elemento intrínseco de la fe misma, de modo que la fe debe crear las formas propias de su credibilidad y éstas deben remitir intrínsecamente a la fe. Circularidad, en que la fe impulsa a la obra y la obra remite a la fe, revistiéndola de credibilidad. Una circularidad dinámica (la recta significatividad robustece la fe y la fe acrecida logra una nueva significatividad) y una circularidad también histórica (pues siendo hijos de la historia y debiéndonos a ella, no cumplimos con la mera intención ni con la sola ejecución mecánica de una obra externa. En cada momento la fe viva debe suscitar su significante apropiado).

Finalmente, la acción por la justicia no debe darse sin la contemplación. Acción y contemplación son una unidad diferenciada. Acción es actividad, que tiende a desterrar la injusticia; contemplación es el momento iluminador de esa acción. Debe descubrir bajo qué condiciones se hace presente Dios salvador. Dios está en todas partes, pero no de la misma forma. El Dios del Jesús histórico me quiere donde estaba él. Fe sin justicia es la fe «fuera de lugar», como acción sin fe es incapaz de mostrar la plenitud de salvación.

Con una detallada enumeración de las características de la unidad fe - justicia, concluye Ellacuría esta exigente y densa exposición, cerrándola con estas palabras: «tenemos así que la contemplación en la acción de la justicia puede ser la praxis y la espiritualidad adecuadas de quien unifica y no separa lo que de por sí está unido: la fe y la justicia».

Deseo hacer una doble observación. La primera se centra en el logos de este teólogo, que fue Ignacio Ellacuría. Un logos vitalmente enraizado en la existencia, en una existencia muy conflictiva; un logos inserto en la tradición bíblica (sin la que no hay teólogo cristiano); también un logos confiado, típico de la tradición aristotélico-zubiriana, que no abdica de su capacidad finita, pero firme. Por eso sabe ver el nexo apodíctico, que une fe y justicia a la vez, consciente de nuestra finitud histórica, ve lo situacional y relativo, para que ese nexo se transforme en exigencia in actu: la lucha por la justicia será la primera exigencia práctica del Reino de Dios, solamente allí donde la gente sufra una situación de injusticia (p. 212). Es tanto como decir en la gran mayoría los países del mundo actual y tal vez a través de toda la historia. Pero en la hipótesis de que se implantara la justicia, cosa bien posible (uno piensa en una sociedad ordenada por una eficiente socialdemocracia a la escandinava), ¿no sería entonces aquella exigencia primera la lucha por los valores del espíritu en una caverna de inmanientismo cerrado?

La segunda observación nos la ofrece Jon Sobrino en el estudio introductorio de este libro: dado que se trata de un libro que nos invita a la participación comprometida más que a la simple lectura, (ojalá cuanto en él se dice se convierta en tradición! Pero esto no acaecerá sin nosotros. *José M^a Garrido Luceño*

José ALDAZÁBAL, *La Eucaristía* = Biblioteca litúrgica 12 (Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 1999), 474 pp. 215x155. ISBN 84-7467-579-0.

Se tiene la opinión general y compartida que la Eucaristía es el sacramento sobre el que más se ha escrito; una de las más recientes publicaciones se debe al prof. José Aldazábal y nos la ofrece el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona en la colección Biblioteca litúrgica. Se trata de un verdadero y propio manual de Eucaristía pacientemente elaborado durante muchos años de rigurosa docencia universitaria en la Facultad de Teología de Cataluña, pero posee además la acusada perspectiva pastoral, la reposada experiencia y la amplia apertura de horizontes del conferenciante que ha recorrido en toda su extensión el país y gran parte de Iberoamérica y ha sabido hábilmente sintonizar y dialogar con los creyentes encontrados en los diversos cursos impartidos.

El manual rehace y modifica poniéndolo al día el que en 1988 publicó el autor en el segundo volumen de la obra de conjunto de la Asociación de Liturgistas Españoles, editada por Sígueme con el título de *La celebración en la Iglesia*.

Tras la Introducción se acomete el estudio del dato revelado en el capítulo I –La Eucaristía en el Nuevo Testamento–: es una poderosa y clarividente síntesis de la doctrina eucarística bíblica, que además tiene muy presente las últimas investigaciones exegéticas.